

chos divinos del Dios criador, se prosigue de estrofa en estrofa con el acento de un *Te Deum* del alma, ebria de alegría al haber entrevisto á su autor.

XXIII

La creacion del hombre se halla celebrada en otro himno con no menos metafísica é igual gala de poesía simbólica.

« Dios pensó en si mismo y se dijo : aquí estan los mundos; ahora voy á formar los huéspedes que deben habitarlos. En consecuencia crió un sér revestido de un cuerpo, lo vió, y abrióse la boca de este sér como un huevo que se rompe; de sus labios salió la palabra y de la palabra el fuego; luego se ensancharon las narices y despidieron el aliento, y este aliento produjo el aire que por do quier se dilata; mas adelante se abrieron los ojos y brotó la luz, y de esta luz se produjo el sol; despues se esculpiéron las orejas y de las orejas nació el sonido que indica lo *lejano* y lo *vecino* (las distancias); por último destendióse la piel y de esta epidermis dilatada nació la cabellera humana, la cual produjo la cabellera de la tierra, los árboles y las plantas, etc., etc. »

Vése por lo citado que, en razon inversa del materialismo moderno, el cual atribuye el pensamiento á las sensaciones brutales procedentes de la materia organizada, el espiritualismo ya refinado de la literatura de la India, hace derivar los fenómenos materiales de la inteligencia misma.

Y estos himnos sacados de los Vedas se cantaban en la India muchos siglos antes de la religion de los Braminos, la cual habia sido reemplazada por la de Budha, y ésta ya se hallaba vetusta en tiempo de Alejandro, esto es, trescientos veinte y seis años antes de Jesucristo. Júzguese por estos solos datos de la pretendida barbarie que reinaba en las edades primitivas, si hemos de creer á los partidarios de la perfectibilidad indefinida, doctrina infinitamente menos sublime que esos lejanos ecos de la cuna del mundo.

No, en presencia de semejantes documentos no podemos menos de protestar contra ese sistema que pretende probar que el hombre es hijo del fango y de la noche, y creer con todas las fuerzas de nuestra alma, juntamente con los venerandos patriarcas del Oriente primitivo, que la criatura humana comenzó en la perfeccion relativa y en la luz del paraíso que lleva el nombre de Eden. Al mismo tiempo creemos que los reflejos de este Eden y de esta luz fulguraron mucho tiempo en su alma, emitiendo mas destellos de una revelacion primitiva que en las edades mas distantes de su cuna; como igualmente que esta revelacion primitiva remonta á la creacion, que Dios es contemporáneo del alma criada para entreverlo y adorarlo; y que si ha habido una efusion mas luminosa, debe haber sido á la aurora de nuestra prole, y no en el crepúsculo de su caducidad.

XXIV

La grandeza, la santidad, la divinidad, por decirlo así, del espíritu humano, son los caracteres dominantes de la filosofía y literatura sagradas de la India primitiva, cuyas páginas respiran un soplo á la vez sacro, tierno y triste como si se hallase aun impregnadas del Eden del cual se vió espelido el hombre. Esta poesía determina un éxtasis análogo al que produce el opio que crece en las feraces llanuras regadas por el Ganges. Aun me acuerdo del santo deslumbramiento que me invadió la primera vez que encontraron mis ojos algunos fragmentos de esta poesía sanscrita. Voy á reproducir los mismos términos en que traduje mis impresiones en aquel entonces.

XXV

« Este éxtasis, decia, puede compararse al que nos ha avasallado á nosotros mismos cuando nos ha hecho encontrar el acaso una de esas páginas mutiladas de los sagrados libros de la India, en que se eleva tan alto el concepto y habla de un modo tan divino, que el pensamiento humano parece confundirse en una especie de eter intelectual, con la irradiacion y la palabra del mismo Dios, de ese Dios á quien busca, á quien alcanza, á quien entreve por último en el fondo del cielo y la natura-

leza terrestre, arrojando un grito de voluptuoso júbilo al llegar á la deliciosa posesion del sér soberano.

« Estas páginas mutiladas son tan hermosas, que si hubiese muchas por el mismo estilo, volverian repugnante é insoportable la vida de los sentidos para el hombre que las leyese; al paso que suspenderian el movimiento de la sangre en sus arterias, infundiéndole la sed de lo infinito y el vehemente anhelo de morir para llegar mas pronto á aquellas regiones indescriptibles, en que resuenan tan armoniosos acentos, en que invade la mente tanta embriaguez, en que la inteligencia finita se precipita y confunde con la inteligencia infinita, en un murmullo estático de los labios precedente á ese silencio del amor, que es el anonadamiento de todo deseo en la posesion del sér supremo, infinitamente adorado é infinitamente poseido.

« Las dos impresiones literarias de este género que con mayor energía he resentido en mi vida, fueron determinadas por la lectura de algunas páginas misteriosas de la India, páginas que parecen arrancadas de libros sobrehumanos é impelidas por el viento de los siglos desde la cima de los Himalayas hasta nosotros. »

XXVI

La primera vez que las leí, me hallaba solo en un cuarto de reducida extension, alto de techo, desprovisto de muebles y perteneciente á una casa de

campo cuyos inquilinos precedentes habian dejado esparcidas algunas hojas sueltas de opúsculos literarios, pasto futuro de los ratones que huelgan en los aposentos abandonados. Despuntaba á la sazón el alba coronando dilatados lindes formados por bosques espesos y movedizos, que divisaba mi vista por la ventana abierta á causa del calor del verano. Poco á poco los rayos del sol casi horizontales penetraron en mi habitacion, rozando mi lecho juntamente con las golondrinas cuyas alas golpeaban alegremente los vidrios. El céfiro matutino murmuraba melodioso, y con remolinos suaves determinaba un zumbido apacible en las hojas esparcidas en los ladrillos, como susurros de ideas que se despiertan en el espíritu.

Naturalmente despertóse mi atención, y, como jamás he encontrado una página escrita sin deseo de leerla, recogí algunas hojas medio roídas de las traducciones indianas. Las ideas depositadas en estos fragmentos pertenecian á uno de esos hombres que consagran su vida y su genio á contemplar y sondear otros mundos. Se llama el barón d'Eckstein, filósofo, poeta, publicista, orientalista, bramino del Occidente, desconocido de sus contemporáneos, varón superior que vive corporalmente en un siglo é intelectualmente en otro.

XXVII

Leía tranquilo en mi cama, con el codo apoyado

en la almohada, en ese voluptuoso abandono de cuerpo y espíritu de un hombre indiferente á los ruidos de una casa estraña, á quien cabe completa libertad de dormir sin inquietud y emplear sin contarlas las horas de la mañana que suenan en el reloj lejano, como la voz del deber, á los oídos de los labradores. De repente caí en un pasaje de treinta ó cuarenta renglones que centellaron á mis ojos como si estuviesen escritos, no con tinta, sino con el polvo de diamantes é ígneos colores que los rayos del sol levante parecian vertir en la página. Contenia este fragmento un deslumbramiento del alma mística, llamando, buscando, hallando, abrazando á su Dios al través de la inteligencia, la virtud, el martirio y la muerte, en el inefable arrobamiento de la razón, de la poesía y del éxtasis. Profundo era el acento como el infinito, diáfanas las palabras como el eter cristalino, elocuentes las imágenes que parecian pintar y reflejar, como un espejo, la belleza de los cielos y los mares; el sentimiento brotaba impetuoso como una ola de eternidad, difundiéndose en el corazón como una emanación de luz y calor que fluye del mismo sol sin agotar su foco urente, é inundando de fulgor al alma como ese piélago infinito de luz formado por la infinidad de astros que enciende la mirada divina.

XXVIII

Leí, releí esas páginas que volveré aun á re-

correr, arrojé gritos, cerré los ojos y me anonadé de admiración en mi silencio, sintiendo en mí uno de esos instintos de efusión exterior que rara vez invade al hombre sincero cuando se halla solo y ningún elemento teatral adultera la cándida sencillez de sus impresiones. Me parecía que una mano irresistible me había arrojado fuera de mi cama por la sola fuerza del impulso físico; y, con pies descalzos y rodillas trémulas, salté repentinamente de mi lecho, con el libro en la mano, acosado por un anhelo instintivo de leer aquellas páginas en actitud de adoración imprecatoria, como si el libro hubiese sido demasiado bello y santo para ser leído de pie, sentado ó acostado. En consecuencia me arrodillé junto á la ventana, bañado por los aureos rayos del sol levante que emitían menos luz que la página, y leí atenta y religiosamente las líneas que tanto me habían impresionado. No lloré, porque no se humedecen fácilmente mis ojos al impulso del entusiasmo ó del dolor; pero, alzando la voz, dí gracias al Omnipotente por pertenecer á un gremio de criaturas capaces de atesorar tan claras nociones de la Divinidad, y poder traducirlas en tan sublime lenguaje.

Si, como no lo dudo, el mismo poeta que escribió tan gloriosa página, asistía, desde su morada de beatitud, á mi palpitante lectura é indecible impresión producida por su palabra escrita y transmitida al través el tiempo y el espacio, ¿qué debía pensar al ver á un jóven ignorante y desconocido en un

torreon arruinado, en medio de los bosques de las Galias, despertándose, arrodillándose, embriagándose, á cuatro mil años de distancia, con ese Verbo eterno que vive reflejado en el alma del hombre, á quien basta una palabra para levantar las otras almas desde la tierra al cielo?

Esta, y no otra, es la literatura del género humana.

XXIX

Pero la simpática dulzura para con el hombre y para con la naturaleza, constituye el carácter dominante de la filosofía y de la literatura de la India oriental. Voy á reproduciros uno de los efectos de esta moral en mi alma.

Un día había yo ido á la caza con un volumen inglés, deseoso de leer diversas traducciones del sanscrito, esto es, la lengua sagrada de la India.

Un corzo inocente y dichoso brincaba alegre y retozaba jugueton entre los serpolios y tomillos que, bañados de rocío, centellaban en la ladera de un bosque. De cuando en cuando apercibía mi vista al lindo animal por entre las zarzas y floridos brezos, con las orejas tiesas, esgrimiendo alegre el asta, dando resoplidos como si husmease gozoso el luminoso ambiente y fragantes emanaciones de la brisa, dejando calentar al sol su mullida piel, cercenando el romero y los tiernos vástagos, en una palabra, disfrutando incauto de la vida y la naturaleza.

Debo advertir que soy hijo de cazador, y como

tal he pasado mi primera juventud en compañía de guardabosques, curas de aldea y caballeros lugareños que destrallaban sus jaurías y las mezclaban con las de mi padre. Aun no habia pensado hasta entónces en ese instinto brutal que se complace en la muerte y arranca la vida sin derecho, sin necesidad, sin justicia, sin compasion, á indefensos animales cuyo derecho de reciprocidad seria igual si poseyesen la misma insensibilidad, las mismas armas y la misma ferocidad que el hombre. Mi perro rastreaba mirándome con aire interrogativo, la escopeta pesaba cargada en mi mano, mi dedo tocaba al gatillo, y el venado se hallaba al nivel del cañon.

No puedo menos de reconocer que sentia cundir en mi corazon un secreto remordimiento y cierta hesitacion en cortar repentinamente tanta vida, tanta alegría, tanta inocencia en un sér que nunca me habia hecho el menor mal, que saboreaba la misma luz, el mismo rocío, las mismas delicias matinales que á mí mismo me embelesaban; sér criado por la misma providencia, dotado, si bien en grado menor que yo, del mismo pensamiento, de la misma sensibilidad, poseedor de tanta afeccion y enlazado por los mismos vínculos de amor y sangre; buscando tal vez á su hermano, aguardando á su madre, esperado por su compañera, bramado por su tierna descendencia. Pero el instinto maquinal del hábito venció á la naturaleza que repugnaba y protestaba contra la atroz ferocidad que me impelia. Por último resonó

el estampido, y cayó el corzo roto el hombro por la bala, bramando doloroso y debatiéndose convulso en las bascas de la muerte, sobre la yerba centellante de rocío y humeante de sangre.

XXX

Cuando se hubo disipado el humo producido por el escopetazo, me acerqué trémulo y pálido á la escena de mi crimen. Aun no habia espirado la pobre y donosa criatura, que reclinada la cabeza sobre el musgo, me miraba con ojos anegados en lágrimas. Jamás podré olvidar esa mirada en la cual la sorpresa, el dolor, la muerte inesperada parecian concentrar un sentimiento humano tan inteligible como las palabras, pues el ojo posee un idioma propio sobre todo cuando se apaga.

Esa mirada parecia decirme del modo mas claro, con irresistible elocuencia, y en un lenguaje lleno de queja que me despedazaba el corazon: « ¿ Quien eres tú? Yo no te conozco y jamás te he ofendido. Tal vez te hubiera amado, ¿ pero porqué arrancas la vida á un sér indefenso? ¿ Porque me despojas de mi parte competente de cielo, de luz, de aire, de juventud, de júbilo y de vida? ¿ Qué va á ser de mi madre, de mis hermanos, de mi compañera, de mis hijuelos que me aguardan en la espesura? ¿ Qué va á ser de todas esas criaturas unidas á mí por la sangre y la ternura, cuando, despues de haberme buscado inquietas, solo divisarán algunos

« copos de mi pelo diseminado por la bala y las cuajadas gotas de mi sangre suspendidas en las zarzas?
 « ¿No temes á un sér vengador de mi muerte y juez de tu alevosía? Pero yo te perdono y mis ojos anegados en lágrimas, en que puedes ver pintados la sorpresa y el dolor, no te revelan el menor rencor: tan apacible es mi naturaleza aun en presencia de mi asesino. »

Tal es lo que literalmente me decia la mirada del animal herido; lenguaje que yo comprendia y que me partia el alma, inundándola de ternura y remordimiento: « Acaba de una vez con mi existencia » parecia decirme aun con sus ojos que se torcian moribundos y con la agonía convulsiva de sus miembros.

Todo hubiera dado en aquel momento para curarlo, pero, instigado por la compasion, cargué de nuevo mi fusil, y, apartando la cabeza, terminé su agonía con un segundo balazo. Entonces, en un momento de horror, arrojé lejos de mí el arma asesina, y, no pudiendo resistir á la emocion que entumecia mi corazon, derramé torrentes de lágrimas. Mi mismo perro parecia comprender mi dolor, pues, sin lamer la sangre ni aplicar el hocico al cadáver, se reclinó triste á mi lado quedando los tres silenciosos como postrados por la misma muerte.

El sol se hallaba en la mitad de su carrera, y deseoso de transportar mi víctima del parage en que la habia postrado sin vida mi mano aleve, aguardé que pasase con su rebaño, en la ladera del bosque,

el anciano pastor que acostumbraba conducir las reses al aprisco durante las horas mas abrasadas del dia, para decirle que llevase á casa el venado. Entretanto saqué de mi bolsa el tomo que contenia los fragmentos de los poemas épicos de la India, y procuré distraerme por la lectura. ¡Vano esfuerzo! Cada vez que abria el libro encontraba una página relativa á esas maravillosas alegorías poéticas, en las cuales la poesía sagrada de los Braminos encarna sus dogmas de caridad universal; páginas que se esfuerzan en inspirar al hombre por todo lo que vive y siente, una parte, por decirlo así, de la caridad infinita de Dios por toda criatura animada ó inanimada.

Cantaba el poeta la ascension de un héroe, de prueba en prueba, hasta el cielo, por las árduas gradas del Himalaya. A medida que la senda parece estenderse y volverse cada vez mas penosa y glacial, el cansancio y el desaliento alejan de su lado á las personas mas afectas, las cuales, si bien deseosas y resueltas á acompañarlo, no pueden menos de desanimarse y acobardarse por tantas calamidades, regresando pavorosas ó sucumbiendo á los piés del ilustre varon en las empinadas é inaccesibles cumbres coronadas de nieve y hielo. Parientes, amigos, hermanos, su misma amante, sienten entibiarse su ternura, flaquear su denuedo y agotarse sus fuerzas; solo su perro mas fiel é inseparable que la amistad y el amor, sigue jadeando las huellas de su amo para agonizar á sus piés ó asociarse á su triunfo.